

desde el feminismo al unisexo

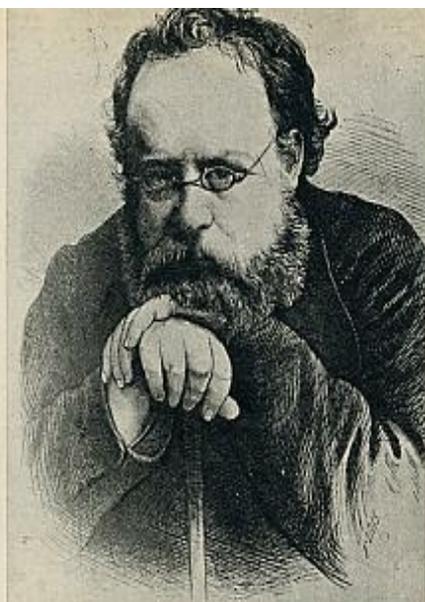
LA REVOLUCION DE LA

El veraneo en las playas del norte español. Los blancos albornoces de jeque musulmán eran todavía, por los llamados «felices veinte», algo obligado en las playas. Por el 14, conseguía el voto en Gran Bretaña y los Estados Unidos. El movimiento feminista iba, poco a poco, ganando terreno en el mundo. Sin embargo, la incorporación



MUJER

aquellos años la mujer, ayudada en parte por la guerra femenina al mundo del hombre se hizo a regañadientes.



Por **JUAN ALDEBARAN**

Proudhon, un progresista francés del siglo XIX, antifeminista «malgré lui». Su posición contra la mujer era tajante. Proudhon y los socialistas consideraban a la mujer un arma utilizada por la Iglesia para dominar a los hombres. El padre Lacordaire, por el contrario, era un feminista: «El hombre ha acumulado contra su compañera todo cuanto ha podido imaginar en durezas e incapacidades. La ha convertido en una cautiva».



A LA CONQUISTA DE SUS DERECHOS

La polémica Proudhon-Lacordaire ● La inferioridad de la no masculinidad ● Las etapas ganadas ● El voto femenino ● La mujer no nace: la hacen ● Margaret Mead, descubridora de la mujer ● La mujer no es pasiva ● Sexos y razas: clasificaciones superficiales.

El movimiento feminista tuvo altos y bajos, razones y defectos. La mejor crítica la ha escrito, probablemente, Betty Friedan (*La femme mystifiée*, Ediciones Gonthier, Ginebra, 1964; primera edición americana en 1963,

The feminine mystique): «Las feministas no tenían más que un modelo, una imagen, una visión del ser completo y libre: el hombre. En esos tiempos sólo los hombres (con excepción de algunos) eran suficientemente libres y habían recibido educación bastante para utilizar plenamente sus aptitudes, para explotar y crear, realizar descubrimientos y preparar el terreno a las generaciones futuras. Únicamente los hombres tenían derecho de voto, posibilidad de influir las decisiones importantes de la sociedad; sólo los hombres tenían el derecho de amar y sacar goce del amor; y el de decidir, según sus creencias, el bien y el mal. ¿Deseaban las mujeres gozar de esas posibilidades porque querían ser hombres, o porque también eran seres humanos?». El equívoco era importante. En esa confusión de «aspirar a ser hombres» se basaba la crítica principal del mundo dominante —el mundo masculino— contra las reivindicaciones feministas.

la polémica proudhon-lacordaire

Sin embargo, uno de sus peores críticos, uno de los seres más antifeministas que haya habido en el mundo, puso el dedo en la llaga

del problema. Me refiero al escritor socialista Proudhon («El amor y el matrimonio», Ed. Edita, Barcelona, 1931). Era un hombre de la izquierda de su tiempo —la primera mitad del siglo XIX—: un progresista. En su libro, «¿Qué es la propiedad?», explicaba que todos los males de la Humanidad hay que referirlos a las desigualdades sociales, y podrían remediarse mediante un reparto absoluto de la riqueza y una igualdad total entre todos. (Entre todos los hombres, sin duda.) Sin embargo, su posición contra la mujer era tajante. Hay que explicar que en aquel momento los socialistas consideraban a la mujer como un elemento de la Iglesia, y la Iglesia como un arma de la derecha. (Es un tema que no se ha disuelto.) Proudhon, en Francia, combatía a un famoso orador sagrado, el padre Lacordaire, que era feminista. «El hombre —decía Lacordaire— ha acumulado contra su compañera todo cuanto ha podido imaginar en durezas e incapacidades. La ha convertido en una cautiva, en una esclava; la ha cubierto con un velo y la ha escondido en el lugar más secreto de la casa, como una divinidad pernicioso o como una esclava perfecta. Le ha cortado los pies desde la infancia, a fin de hacerla incapaz de andar y de llevar su corazón donde quiera; la ha obligado a los trabajos más penosos, de criada; le ha prohibido la instrucción y los placeres del espíritu. La ha tomado en matrimonio bajo la forma de una compra-venta; la ha declarado incapaz de su-
SIGUE



La Fiesta de la Flor. Una de las pocas ocasiones públicas en que la mujer figuraba de protagonista. Abajo, lady Astor, la primera mujer británica que perteneció al Parlamento. Gran Bretaña y los Estados Unidos marcaron la pauta del feminismo, aunque otros países habían concedido mucho antes el voto, como Nueva Zelanda (1893).

ceder a su padre y a su madre; incapaz de testar, incapaz de ejercer la tutela sobre sus propios hijos. La lectura de las diversas legislaciones paganas es una revelación perpetua de su ignominia; y más de una, llevando la desconfianza hasta la extrema barbarie, la ha obligado a seguir el cadáver de su marido y a enterrarse bajo la hoguera». (El padre Lacordaire por Daniel Stern. *Essais sur la liberté*, Daniel Stern era una mujer, María de Flavigny, condesa de Agoult, que ocultaba su condición femenina bajo un seudónimo de hombre para ser escuchada.)

Para Proudhon, estas declaraciones eclesiásticas pretendían únicamente utilizar la minoridad mental de la mujer para sacarla de la influencia de su marido y colocarla bajo la influencia de su confesor; y respondía recordando algunas de las frases más duras que los padres de la Iglesia han pronunciado contra la mujer en otros tiempos: «Una mujer sin reproche es más rara que el fénix, es la puerta del demonio, el camino de la iniquidad, el dardo del escorpión: en conjunto, una especie peligrosa» (San Jerónimo). «¡Soberana peste de mujer, dardo agudo del de-



monio! Por ella triunfó el diablo sobre Adán y le hizo perder el paraíso» (San Juan Crisóstomo). «La mujer es una mala borraca, una horrible tenia que tiene su guarida en el corazón humano; hija de la mentira, centinela avanzado del infierno, que ha arrojado a Adán del paraíso» (San Juan Damasceno).

la inferioridad de la no masculinidad

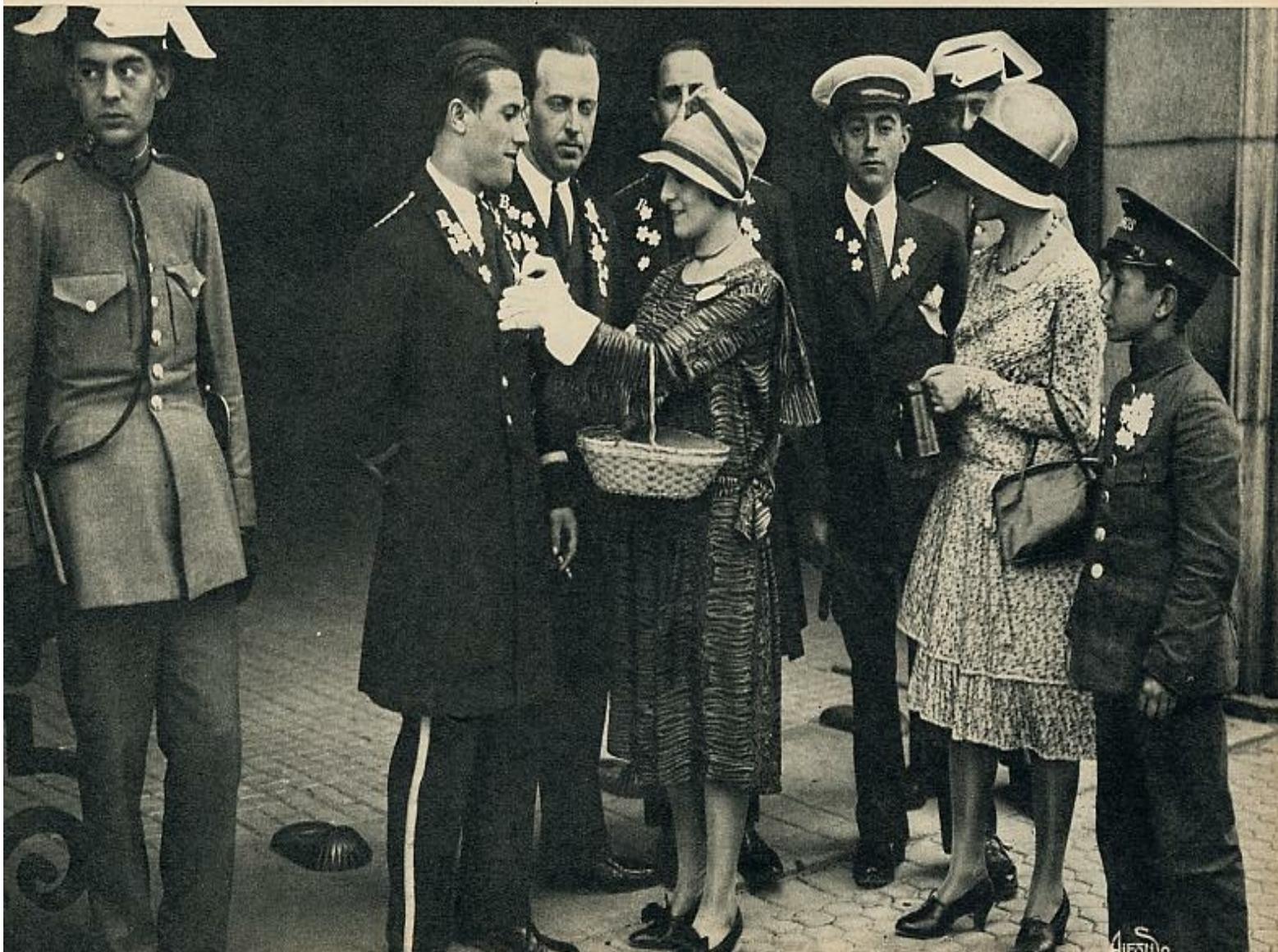
Lo que más irritaba a Proudhon era la doblez que creía entrever en la Iglesia; por una parte, la condena de la mujer como criatura de pecado; por otra, la utilización de su fuerza contra la indiferencia religiosa masculina, o para forzar al hombre a actitudes políticas que no le correspondían. La clave la encontraba en un sermón que decía, pronunciado hace algunos años, en Marsella, por un jesuita en una conferencia de mujeres: «Al inaugurar estas conferencias, mis queridas hermanas, me creo en el deber de felicitaros por el celo que empleáis en secundarnos en nuestra misión. Gracias a los esfuerzos de algunas de vosotras, han vuelto

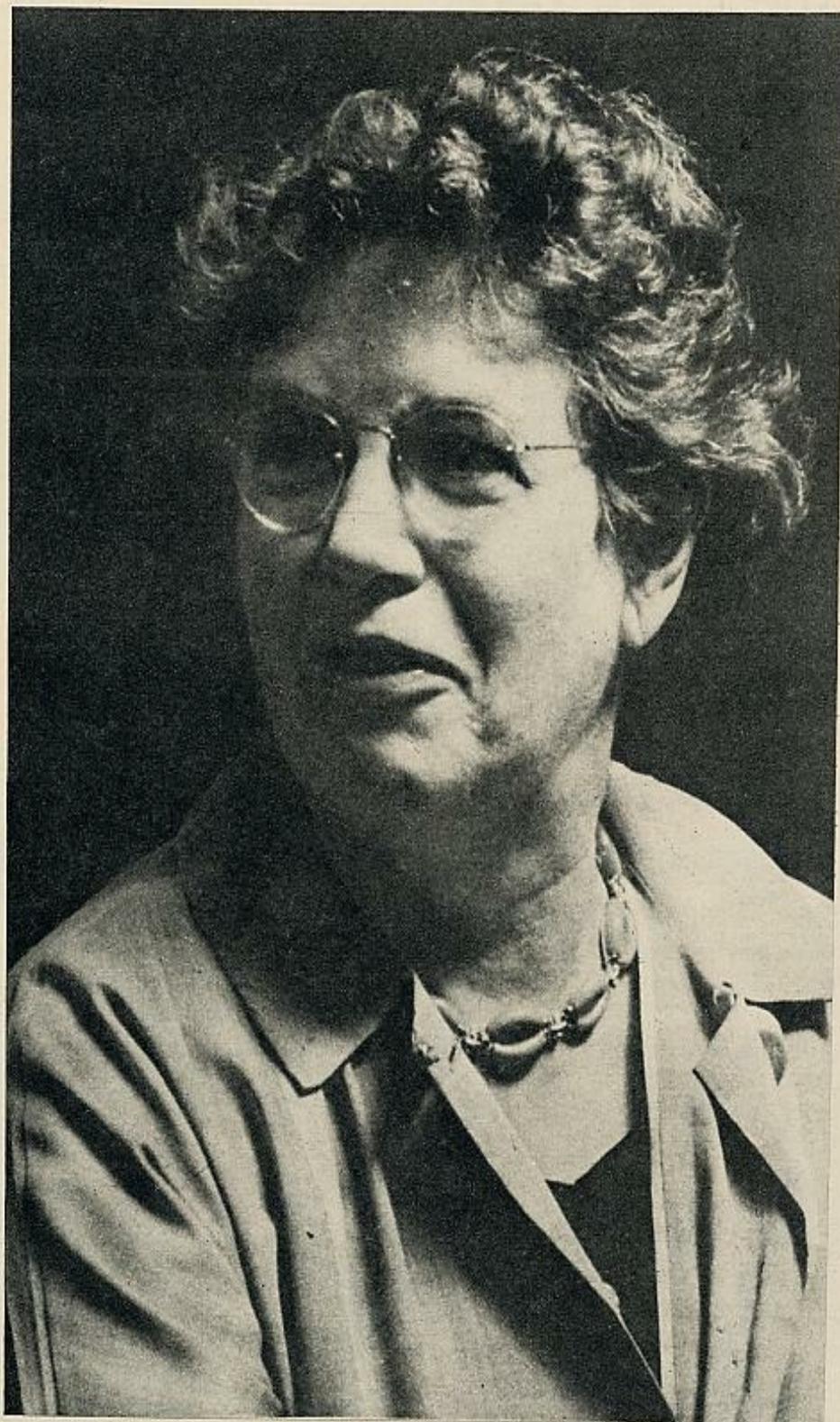
al redil ovejas descarriadas. Perseverad en este camino. Emplead cuantos medios de persuasión tengáis cerca de vuestros padres, cerca de vuestros hermanos, cerca de vuestros esposos, cerca de aquellos que pudieran seros queridos por otros títulos. Que jamás vuestro trabajo de conversión se entibie. Trabajad en la viña del Señor en todos los instantes de vuestra vida; trabajad por la mañana, trabajad por la tarde, trabajad por la noche; por la noche sobre todo, mis queridas hermanas. ¡La noche es vuestra fuerza!». Proudhon subrayaba la referencia a «queridos por otros títulos», la exhortación a trabajar por la noche, y reproducía en mayúsculas la última frase: «¡LA NOCHE ES VUESTRA FUERZA!». Es decir, que si para algunos espíritus beatos la mujer era, inevitablemente, el instrumento satánico, para la beatería laica de Proudhon la mujer podía convertirse en un instrumento de otras fuerzas. ¿Por qué? Porque la Naturaleza la había hecho frágil, débil. Simplemente, porque no era un hombre. «La inferioridad física de la mujer resulta de su no masculinidad. El ser humano completo, adecuado a su destino (hablo del físico), es el varón que, por su virilidad, alcanza el más alto grado de tensión muscular y nerviosa que **SIGUE**

LA REVOLUCION DE LA MUJER



Doña Emilia Pardo Bazán fue una de las pocas mujeres españolas que pudieron codearse con los hombres en su proyección pública. Aquí aparece durante unos exámenes para ingreso en la Universidad Central, donde era profesora de Literaturas Contemporáneas. Dirigió la «Biblioteca de la Mujer». Abajo, la Fiesta de la Flor en Madrid.





A principios de siglo Margaret Mead se licenció en Antropología y comenzó a escribir. El papel de la mujer en nuestra sociedad —consideraba— estaba condicionado por el peso cultural del pasado griego, romano y judío.

sus primeras etapas. Tuvo que llegar, ciertamente, al simple terrorismo del paraguas y la piedra de la primera década del siglo, con Mrs. Panhurst y sus hijas —reales y espirituales—; tuvo que llegar en Gran Bretaña la creación de la Unión Nacional de Sociedades Sufragistas, y convertirse el movimiento en internacional. En 1918 se aprobó una ley autorizando el voto de las mujeres de más de treinta años y, más aún, concediendo el derecho a su sexo a pertenecer al Parlamento (Lady Astor fue la primera mujer diputado). Dos años después, los Estados Unidos concedían un derecho semejante; y en 1929, la mayoría de edad femenina se rebajó en Gran Bretaña a los veintiún años. Otros países les habían precedido en este progreso: en Nueva Zelanda, las mujeres votaban desde 1893. En 1906 habían votado por un decreto del Zar estableciendo la dieta de Finlandia, y en Noruega votaron desde 1907. Pero el peso y la importancia de Gran Bretaña y los Estados Unidos marcaron el giro del movimiento. Pero no todo estaba hecho, ni mucho menos. La mujer seguía siendo un instrumento.

el voto femenino

Si observamos las fechas de concesión de voto a las mujeres —1918, en Gran Bretaña; 1920, en Estados Unidos— nos encontraremos rápidamente en la posguerra, en los primeros años posteriores de la Primera Guerra Mundial. La guerra había ayudado a las mujeres. La mujer había irrumpido en un mundo guardado hasta ahora por el hombre y para el hombre, y lo había hecho obligado por él, o al menos por la sociedad masculina, y en un momento —la guerra— de exaltación de la virilidad. Una movilización masculina sin precedentes en los países que se llamaron aliados, para acudir a la herida abierta en Europa por la guerra, requirió que las mujeres cubrieran los puestos de trabajo que dejaban vacantes los hombres. La mujer ha trabajado siempre; pero entonces trabajó en aquello que era privativo de los hombres. Incluso se aproximó a la guerra en servicios auxiliares. Es preciso reconocer que esta incorporación femenina al mundo del hombre no se hizo enteramente de buena fe. Los puestos se les entregaron a regañadientes; a trabajo igual se les daba salario inferior al del hombre (esta injusticia se produce aún en numerosos países de Occidente; sus defensores la justifican aludiendo a que el hombre tiene la carga del hogar, mientras que la mujer aporta a él un sueldo complementario). Otras veces, el regreso del movilizado obligaba al despido de la mujer que le había sustituido. Pero el grave descenso de la población masculina forzó a sostener en el trabajo a muchas mujeres. Por otra parte, como consecuencia de la gran conmoción social, especialmente en los países vencidos, se sostuvo la práctica del trabajo femenino fuera del hogar: los bajos salarios, el paro masculino, la falta de seguridad social, las familias numerosas, las enfermedades, la presencia en los hogares de mutilados o de enfermos permanentes de guerra. El hecho de que el trabajo femenino fuese más barato **SIGUE**

comporta su naturaleza y su fin, y de ahí el máximo de acción en el trabajo y en el combate. La mujer es un diminutivo del hombre, al que falta un órgano para no convertirse en más que en un efebo». (Proudhon, obra citada.)

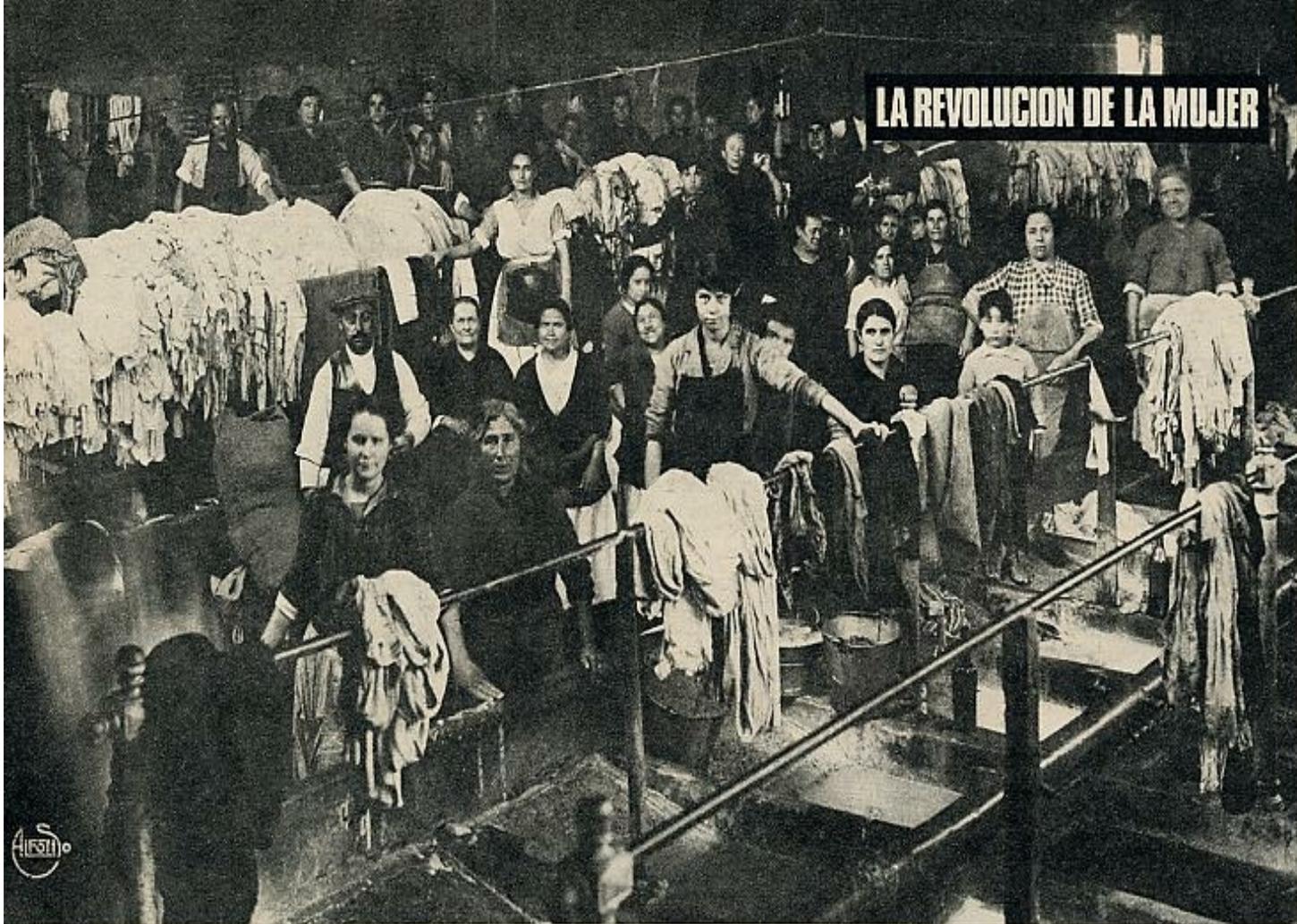
Para llegar a esta conclusión, el socialista había examinado con un pretendido rigor científico una cuestión que iba a ser trascendental: si el hecho innegable de la situación de inferioridad de la mujer procedía de las circunstancias de su educación, del dogal puesto desde su nacimiento mantenido por el

medio ambiente, o era una cuestión natural. Al plantearse por primera vez la cuestión bajo este ángulo, había tocado de cerca la verdadera problemática del caso. Pero se había optado por la respuesta errónea. Sin duda, por el fanatismo anticlerical; quizá por alguna oculta razón propia de inferioridad personal...

las etapas ganadas

Entre todas estas disputas de varones, el movimiento feminista continuó y ganó

LA REVOLUCION DE LA MUJER



Arriba, un lavadero de la calle Galleo. Abajo, una peluquería madrileña. Los oficios que durante mucho tiempo desempeñó la mujer estaban señalados. Ninguna de ellas podía salirse de allí y buscar una profesión en el campo que la sociedad reservaba al hombre. El camino ha sido largo y todavía queda mucho por recorrer.



que el masculino, y sus reivindicaciones y su agresividad proletaria notablemente menor, condujo al patronato a emplear cada vez mayor número de mujeres. Más tarde vendría otra circunstancia inversa en los países desarrollados con el mismo resultado: el gran desarrollo de la economía y la multiplicación del maquinismo requeriría la busca de mano de obra en la reserva femenina del globo. Al mismo tiempo se descubría que el trabajo femenino no era inferior en calidad. Y las mujeres trabajadoras encontraban un nuevo mundo. Por una parte, su adelanto económico les permitía una cierta independencia con respecto a los hombres de su grupo —maridos, padres, hermanos—; por otra, les daba una nueva razón profunda de su existencia.

la mujer no nace: la hacen

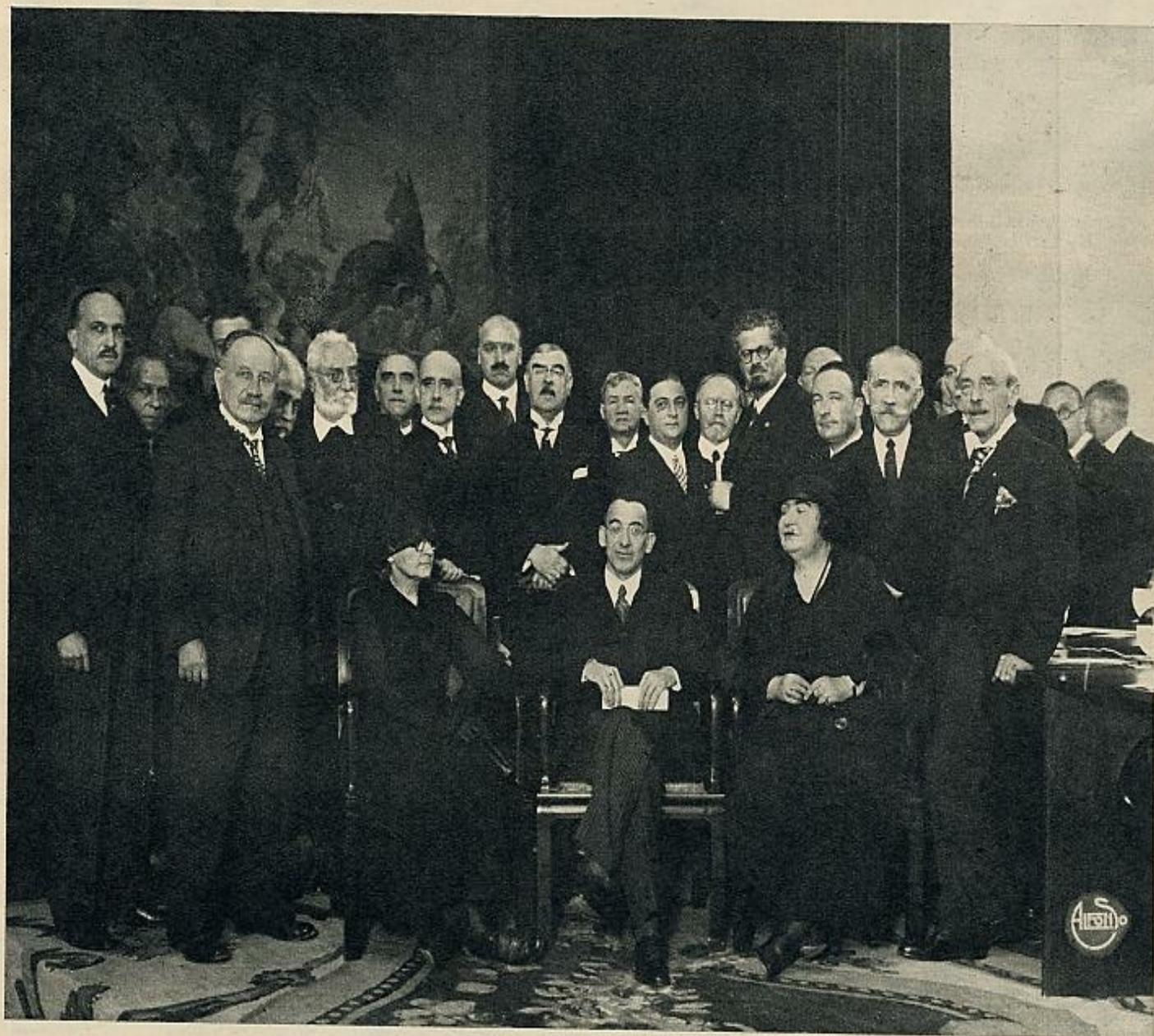
Entre tanto, la gran polémica doctrinal del feminismo no se había adoptado. La mujer había pasado a ser un instrumento en la economía masculina, se había situado en un «statu quo». La mayoría de mu-

jerer sometidas seguía siendo inmensa; la minoría de mujeres con acceso a puestos superiores de trabajo o de acción social seguía estando oprimida por las estructuras ambientales. La gran cuestión de la igualdad no se había resuelto y, prácticamente, quedaba planteada en el punto en que la había dejado la polémica entre el socialista Proudhon y el eclesiástico Lacordaire. Es decir, se trataba de saber aún si era «imbécil por naturaleza», como decía una de ellas (Jorge Sand, que buscó el seudónimo masculino, y el atuendo y el cigarro puro, que eligió sus amantes entre los más femeninos de los hombres de la época, porque trataba de huir de su condición femenina, porque no quería ser Aurora Dupin, baronesa Dudevant) o como más científicamente pretendía decir Proudhon, si era inferior «por el hecho mismo de su no masculinidad» o si, por el contrario, como sostenía Lacordaire, había sido fabricada así por el hombre, continuando la tradición que había iniciado el genio aislado de sor Juana Inés de la Cruz («... que-

redas cual las hacéis o hacedlas cual las queréis...») y que mucho más tarde iba a ser concretado en una fórmula por otra mujer que ha dicho: «La mujer no nace, sino que la hacen» (Simone de Beauvoir, *Le deuxième sexe*, Gallimard, Paris, 1949). La discusión podía haberse prolongado hasta el infinito de no haber intervenido en ella la ciencia, y en primer lugar una gran precursora, que aún vive y aún trabaja: Margaret Mead, creadora de una importante rama de la sociología americana, cuyos trabajos han tenido y tienen repercusión en todo el mundo.

margaret mead, descubridora de la mujer

A principios de siglo, Margaret Mead acababa de licenciarse en antropología y tenía conciencia de la dificultad de ser mujer. Tenía, al mismo tiempo, audacia y acometividad, y un estilo literario convincente, apasionante. Es curioso observar la influencia que



Madame Curie es una de las mujeres que mejor ilustran el esfuerzo femenino por integrarse en el trabajo, en este caso a través de la ciencia. En la fotografía la vemos, a la izquierda, durante su visita a Madrid. Con ella don Miguel de Unamuno, don Luis de Zulueta, el embajador de Portugal y otros diplomáticos y profesores.



Lily Alvarez, una feminista española. Campeona de tenis en los años veinte, hoy es famosa publicista, interesada por los temas de la mujer de hoy.

ha tenido el estilo literario en las teorías científicas. Freud, principal ejemplo en nuestros tiempos, fue un gran escritor además de un gran hombre de ciencia. Esas mismas virtudes adornan a Margaret Mead. Su idea esencial fue la de que si el papel de la mujer en nuestra sociedad está condicionado por las remanentes religiosas y filosóficas de culturas del pasado —la tradición greco-romana-judía—, la idea de que la mujer es sierva de su propia naturaleza debe ser falsa, y la falsedad debe encontrarse investigando otras sociedades que no estén influidas por la tradición occidental. Su primera investigación importante es de 1928 (*Cong of age in Samoa*). Analizó tres tribus de Nueva Guinea, que viven en vecindad pero que ofrecen formas de vida y cultura notablemente distintas —los Arapesh, montañeses, donde hombres y mujeres tienen una personalidad cooperativa; los Mundugumor, canibales feroces; los Tchambuli, pueblo de artistas— y en cada una de ellas observó costumbres muy distintas en cuanto a la diferenciación de los sexos, y todas esencialmente distintas a la mística occidental. Los Arapesh apenas conocen las guerras. Cultivan huertos en común, y en común cazan, construyen viviendas, educan los niños. Hombres y mujeres son «de un natural maternal, dulce, sensible y no agresivo». Si los Arapesh, por no ser guerreros, igualan la conducta de los dos sexos en una tendencia que en nuestras sociedades se considera como «femenina», los duros Mundugumor buscan la igualdad por una forma «activamente masculina, viril y desprovista de las características de dulzura y apaciguamiento que tenemos la costumbre de ligar estrechamente al temperamento femenino». Para los Mundugumor, el ideal masculino es el guerrero; la mujer ideal, la que combate junto al hombre. Aproximadamente, en esas dos sociedades primitivas estudiadas hay muy escasas diferencias entre el hombre y la mujer. En cambio, en la tribu de los Tchambuli hay notables diferencias en el comportamiento de los dos sexos. Las mujeres son las dominantes: el poder está en sus manos. Las mujeres pescan en el lago, trepan a los cocoteros, construyen las viviendas. Los hombres, en cambio, se dedican a la danza, la cocina, el tejido... A pesar de este predominio de la mujer, existen en la tribu dos costumbres que generalmente se tienen por degradantes para las mujeres: el patriarcado —o transmisión de bienes por línea paterna— y la poligamia. Lo más curioso es que en el hombre pasivo de la tribu Tchambuli se desarrollan ciertos malestares que en nuestras sociedades se consideran femeninos: la neurastenia, la histeria, las crisis de llanto... Es decir, que estos síntomas «femeninos» parecen, en realidad, fruto de una inadaptación, de unas funciones sociales que causan una insatisfacción.

la mujer no es pasiva

Margaret Mead escribe a propósito de estas observaciones directas: «Si estas actitudes carecteriales que tradicionalmente hemos considerado como femeninas —como la pasividad, el nervosismo y la tendencia a cuidar los niños— pueden con tanta facilidad formar parte del carácter masculino en una tribu y, en otra, ser des-

deñadas por la mayoría de los hombres como por la mayoría de las mujeres, nada ya nos autoriza a pensar que estos aspectos de comportamiento están ligados a un sexo. Los documentos prueban que muchos, si no todos los trazos que hemos calificado de masculinos o femeninos, están tan superficialmente ligados al sexo como pueden estarlo los vestidos, las actitudes, el peinado, que una cierta sociedad, en ciertos momentos, ha asignado a uno o a otro sexo» (Margaret Mead, *Sex and Temperament in three primitive societies*).

sexos y razas: clasificaciones superficiales

Esta es la base constante de su pensamiento durante cuarenta años. «Hay que reconocer que bajo las clasificaciones superficiales de sexos y de razas se vuelven a encontrar las mismas virtudes que reaparecen regularmente en el transcurso de generaciones, y que no desaparecen hasta que la sociedad no les deja lugar» (*From the south seas*, 1939). «La diferencia entre los sexos es uno de los pilares que sostienen los numerosos componentes de la civilización humana, que aportan a los seres humanos una dignidad y les confieren una posición... Sucede que haya sido atribuida a un sexo o al otro. Se estima a veces que el muchacho es infinitamente más vulnerable que la niña; otras veces, es la niña la que requiere cuidados especiales... Hay sociedades que piensan que las mujeres son demasiado débiles para trabajar en el exterior, y otras consideran que las mujeres están construidas para transportar pesadas cargas, "porque su cabeza es más sólida que la de los hombres". Hay religiones que relegan a la mujer a una posición inferior dentro de la jerarquía religiosa; otras han construido todas sus relaciones simbólicas con

el mundo sobrenatural sobre imitaciones, hechas por el hombre, de las funciones naturales de la mujer. Cuando nos ocupamos, sea de detalles, sea de cosas importantes; de frivolidades, de adornos, de afeites o del carácter sagrado del lugar de la Humanidad en el Universo, encontraremos esa gran variedad de costumbres que frecuentemente se oponen radicalmente, pero que fijan el papel de cada sexo según reglas precisas. Pero siempre se puede encontrar el origen de esas reglas. Que nosotros sepamos, no hay civilización que haya dicho claramente que no hay diferencia entre los hombres y las mujeres, aunque sólo sea en la manera de asegurar su descendencia y que, en todos los demás aspectos son simplemente seres humanos con diversos talentos, pero no diferenciados según el sexo. Nos encontramos ante un imperativo del que no osaríamos burlarnos, porque está tan profundamente enraizado en nosotros (en nuestro ser biológico de mamíferos) que, sin duda, tal burla podría conmovir los individuos y la misma sociedad. O tal vez estamos ante un imperativo que, sin estar tan profundamente enraizado, es tan cómodo en el plano social, y de tal forma introducido en las costumbres, que rechazarlo supondría una imprudencia. Un imperativo que, por ejemplo, dice que es fácil tener niños y educarlos si damos un estilo diferente al comportamiento de los sexos, si les enseñamos a caminar, a vestirse, a conducirse de manera distinta y si les especializamos en trabajos de distintas clases. Podemos también preguntarnos cuáles son las virtudes que contiene la diferencia de los sexos. Si el muchacho aprende y comprende muy pronto que nunca podrá dar a luz un hijo, es posible que esa revelación le haga más sensible a la creación y, por lo tanto, más inclinado al éxito. Por otra parte, la niña posee un ritmo de crecimiento tal que da a su condición una seguridad menor que la de su hermano y un deseo de realización más artificial y más vacilante. Y si esta aspiración se desvanece cuando la certidumbre de la maternidad se aclara, ¿no significa ello que su ambición será obligatoriamente limitada? Pero, ¿cuáles son, aún, las virtudes positivas?» (Margaret Mead, *Male and female, a study of the sexes in a changing world*, Nueva York, Morrow, 1949).

Puede decirse que los estudios de Margaret Mead han dado origen a los estudios científicos de la diferenciación de sexos, que hoy se cuentan por millares.

J. A.

(Fotografía: ALFONSO, Embajada de Estados Unidos, FIEL y ARCHIVO.)

PROXIMO NUMERO: III

- LA CIENCIA BUSCA A LA MUJER
- CARNABY STREET Y EL UNISEXO